

Salvador Dalí

Los relojes blandos

Camila Aldana

Ves un abismo cobrar vida
Se va lo único que no tienes
Se escapa a los ríos de tus manos
Se deshace lenta el agua entre tus largas falanges
Se derrite como el acero frente a tu mirada
Desaparece de tu respiración
Hace silencio en tus tímpanos
Sientes abismo a través de tus venas
Tiempo como agujillas de tus huesos
Robas insectos numéricos
Pierdes el vuelo del transcurrir
Te hundes en el tiempo
Sumerges la lejanía
Te acabas
Mientras se detiene el reloj

* Segundo puesto del Concurso de Poesía
“Paracaídas de Letras”, bajo el seudónimo
de *Georgina*



R y L

Megan Valeska Melo

Mi hermano y yo somos gemelos. En el momento de nacer nos dieron a cada uno sólo una inicial. R y L. Eso era todo. No teníamos nada más. Llegamos solos a este mundo. Mi hermano era el único para mí y yo el único para él. Sin embargo, no éramos los únicos en el mundo. Más de la mitad de la población mundial tenía a otros como nosotros. Nos cansamos de decirnos solamente R y L por lo que pensamos cómo nos gustaría llamarnos. Así fue como llegamos a ser Rupert, mi hermano, y yo, Lambert.

Menos de la mitad de nuestra vida estuvimos dentro de una oscura caja. Es sorprendente la cantidad tan exorbitante de Rs y Ls que hay en el mundo. No tardamos en enterarnos que con la misma rapidez con que nos daban vida éramos desechados. Rupert siempre quiso quedarse dentro de aquella caja. Tenía miedo de salir. Miedo justificado. Yo en cambio, anhelaba ver todo lo que había afuera, más que cualquier otra cosa. Aunque me costara la vida. De otra forma, no aportaríamos nada con nuestra vida y, ¿cuál es el propósito de nuestra existencia sino el de una efímera vista de la grandeza del mundo? Aún no sabía bien, no obstante, cuál era nuestra función exactamente. Entonces la caja se destapó.

Por primera vez estuvimos en los oídos de alguien. Eran cálidos y nos envolvían de una manera agradable. Entonces nos dimos cuenta de lo que podíamos hacer. Ella colocaba nuestro único pie, el que compartíamos, dentro de un pequeño agujero negro. La primera vez a Rupert le dio un síncope. Yo estaba emocionado. Y luego de entrar ahí nos transformábamos por completo. Diferentes clases de sonidos. Agitados. Suaves.

Voces hermosas que se comunicaban de manera elocuente en idiomas que jamás habríamos conocido. Nos convertíamos en un médium que le permitía a ella co-

municarse con aquel agujero negro. Aquel pequeñísimo agujero que hacía parte de un pequeño cuadrado. ¿Era ese un dios? Todavía no lo sé. Pero el éxtasis al que nos llevaba en cuanto entrábamos en contacto me hace creer que lo era. Éramos el puente de comunicación entre este pequeño dios y nuestra dueña. Aún cuando Rupert y yo no nos veíamos en todo el tiempo que estuviéramos allí, viendo hacía su interior, no nos sentíamos intranquilos. Rupert se acostumbró a estar dentro de ella. Se sentía tanto o más atraído que yo por lo que significaba estar siempre a su lado. El problema venía cuando tenía que quedarse fuera. Rupert tenía constantes ataques de ansiedad en los que se enredaba alrededor mío. En lo único en lo que no nos parecíamos aparte de nuestras iniciales eran nuestras estaturas. Rupert siempre fue mucho más alto que yo. Pero sin importar cuánto se enroscara en mí, ella, nuestra dueña, siempre nos separaba. Lo hacía con delicadeza. Despacio. Cuidando de no dañar a Rupert. Ni a mí, que me quedaba tieso mientras ella terminaba. Rupert se tranquilizaba tras entender que ella lo pondría dentro de nuevo. A mí me gustaba también estar afuera, era frío ya que nos habíamos acostumbrado a la calidez de sus oídos, pero había miles de cosas que podía observar desde el lugar en donde ella nos dejara.

Ella nunca se enteró de nuestros nombres pero, también nos hizo diferentes a su manera. Donde ella vivía había varios Rs y Ls por todos lados. Incluso unos que habían salido del mismo lugar que nosotros y se nos parecían demasiado. Entonces ella nos colocó unas pequeñas fajas de colores que se adhirieron a nuestra piel. Éramos únicos para ella. Aunque no fuéramos los únicos en el mundo. Jamás fui tan feliz, aunque no tuve mucha más experiencia que ésta. Rupert era feliz también, pero en lo que aumentaba su emoción disminuía su productividad. Los sonidos ya no salían con la misma intensidad

La melancolía que lo envolvió se volvía cada vez más profunda hasta que ella se dio cuenta que Rupert ya no era el mismo. Percibí que trató de disimularlo. Quería hacer ver que no sabía lo que ocurría. Pero con cada nuevo sonido Rupert dejaba ver su verdadera condición. Está vivo, aún ahora, pero su pulso es tan tenue que apenas y se





Palabra

nota. Ya no me habla. Sólo tiene una expresión de agradecimiento para con ella, que no nos ha desechado todavía sin que entendamos por qué. A Rupert esto lo anima, de alguna extraña manera se siente frágil pero extremadamente bello. A mí me hace preguntarme hasta cuándo seguiré aquí. El propósito con el que hemos sido hechos ha terminado. No podemos cumplirlo uno sin el otro. No servimos más al mundo. Ya no somos productivos. Sin embargo, ella no nos desecha. Entonces he podido entender. Las buenas intenciones son crueles. Y la vida es también muy larga.

* Segundo puesto del Concurso de Cuento
"Paracaídas de Letras", bajo el seudónimo
de *Allan Kawabata*